

triunfo

Ella

Por CARMEN VAZQUEZ-VIGO

LA MUJER FRANCESA QUIERE SER FELIZ



A QUI las mujeres siempre han tenido mucha importancia, me contesta Paul, mi amigo pintor, cuando le digo que me propongo hacer una encuesta sobre las mujeres francesas.

Que son importantes, que lo saben, es evidente. Un espectáculo corriente en otros países latinos, como es el de una mujer envejecida antes de tiempo a causa de las fatigas de la maternidad y los quehaceres domésticos, es raro en París. La de cincuenta años se siente jovencísima, la de sesenta empieza a madurar y la de setenta no ha satisfecho aún todas sus inquietudes. La mujer del pueblo se siente tan importante como una duquesa. Tanto si es portera, vendedora de pescado o camarera, no se considera inferior a nadie. Todas son «damas»: «madame» la portera, «madame» la pescadera, «madame» la camarera.

Es difícil oír las lamentarse o llorar, aunque tengan la vida destrozada —y hay muchas que la tienen—. Y nos equivocaríamos si calificáramos de dureza esta característica. No se trata de dureza, aunque bien podrían justificarse el trabajo —trabajan casi todas—, las incomodidades de unas viviendas decrepitas en las que el baño suele ser raro; la fatiga tremenda de las enormes distancias que deben recorrer; los sueldos que apenas cubren el elevadísimo costo de la vida.

No, no son mujeres duras. Pero tampoco sentimentales, en ese pueril senti-

do que caracteriza el romanticismo. Ni siquiera son románticas. Se diría que nacen ya con una clara idea de la lógica. Saben lo que deben pedir a la vida y lo que la vida les puede dar. Lo saben siempre, aun cuando estén a punto de cometer una tontería. Tontería que, por lo tanto, no es tal para ellas. Si algo funciona mal, lo eliminan sin preocuparse de lo que podrá ocurrir después.

La mujer francesa es libre, no sólo en sus relaciones con los demás, sino frente a sí misma. El deseo de casarse la acompaña, pero no la angustia. Se casará cuando lo desee realmente, cuando encuentre el hombre apropiado. Y mientras es libre quiere divertirse. No existen impedimentos serios a su libertad, excepto los que ella misma se imponga. En cuanto deja de ser una niña empieza a tomar sus propias decisiones y se organiza una existencia agradable.

Un ejemplo de este deseo de divertirse, de conocer gente, de crear nuevas relaciones, son las «surprise-parties», corrientísimas entre las muchachas de la clase media. No hay en ellas nada de equivoco. Se llaman «surprise-parties» sin fundamento, porque los participantes ya se conocen y sus respectivos padres están al corriente de la fiesta.

Al comienzo del curso escolar se establecen los turnos en que se han de celebrar las reuniones semanales. Los superiores —especialmente en las escuelas religiosas— siguen atentamente estas iniciativas. No las aprueban, sobre todo cuando las chicas son demasiado jóvenes; pero tratan de dirigir las.

—Aunque en estas fiestas no se haga nada malo y no se beba alcohol —me dice un profesor de Neuilly— habitúan a las chicas demasiado precozmente al «flirt». Tratamos de compensar esta influencia con iniciativas de otro género.

—Las jóvenes francesas —me explica una maestra— son abiertas, curiosas, sensibles, pero también muy susceptibles. Responden mejor a la persuasión que a la autoridad. No obedecen por temor. En realidad, creo que no obedecen por nada. Hacen lo que consideran un deber, después de haberse convencido de que se trata verdaderamente de un deber y de que es útil para algo o para alguien. Por eso no les imponemos nada, ni siquiera el asistir a Misa. Son ellas quienes deciden. Ahora bien: las devotas lo son de verdad, profundamente. Y así son para todo. Las muchachas francesas aprenden desde muy jóvenes a pensar y decidir por sí mismas. Escogen el lugar donde irán a pasar el verano —ahora está de moda viajar, ir al extranjero— e informan a sus padres cuando todo está resuelto.

—¿Y cómo reaccionan ellos?

—De ningún modo. Es así. Por otra parte, los padres también han hecho sus planes, en los cuales no siempre están comprendidos los hijos... Pero la independencia de las jóvenes francesas no impide que sigan estudios regularmente y que se apasionen por carreras muy arduas, como las Ciencias o la Medicina. Es raro que una chica abandone la Universidad. Si lo hace es para casarse, porque está muy enamorada; pero apenas puede, reanuda sus estudios.

Empiezo a formarme una idea acerca de las jóvenes francesas. Pero las jóvenes no son «las mujeres». Esta última explicación sobre las relaciones entre padres e hijos me induce a pensar en el extremo opuesto: la mujer madura que, como yo, es madre y abuela.

Paul me invita a comer con dos señoras amigas suyas. Tienen mi edad y supongo que la conversación girará sobre los temas habituales: los dientes de los nietecitos, las comidas, las enfermedades, las gracias de los nietecitos. Pero me equivoco. Madame B. habla de su profesión, especialista en estética, que la apasiona. Madame D., de su divorcio.

Este tema aparece sin acentos graves en la conversación de las mujeres francesas o, por lo menos, en las parisienas. Si se dan cuenta de que han cometido un error al casarse, dejan al marido. No quieren llorar ni soportar una vida de constantes discusiones. Y si del matrimonio han nacido hijos actúan del mismo modo.

Esto no significa que no los quieran, ya que sus madres amantísimas, sino que, con su lógica de siempre, separan una cosa de otra. Un pacto deja de existir cuando desaparecen las causas que lo han provocado y así, si se han casado por amor y este amor desaparece, el matrimonio no tiene sentido. Los hijos no entran en esta cuestión.

Me pregunto si esta forma de actuar no traerá graves trastornos en la vida de los hijos y no tengo que esperar mucho para conocer la respuesta.

Dos días después conozco a Monique,

la hija de madame D. La muchacha se ha casado hace dos meses. Es deliciosa. Le hago una serie de preguntas que yo misma considero indiscretas y hasta crueles.

—¿Qué errores ha observado en la conducta de sus padres? ¿Piensa evitárselos a sus hijos, cuando los tenga?

Me responde sinceramente:

—Admiro mucho a mi madre. Ha tenido mala suerte y no lo merecía... Para nosotros no ha podido ser mejor... Es buena, valiente, generosa...

Insisto:

—Si supiera que su marido la engaña, ¿cómo reaccionaría?

—No trataría de vengarme haciendo lo mismo. Me parece una bajeza imperdonable; pero no permitiría que mi matrimonio se destruyera por una de esas aventuras en que suelen caer los hombres... En cambio lo haría por una razón seria: por ejemplo, que dejáramos de querernos.

Son cosas que se dicen, que todas decimos; cuando la ocasión llega, sin embargo, pocas actúan como pensaban. Pero me parece ver a Monique. Si su marido cometiese una torpeza, lo horraría de su vida como se quita una mosca del vaso de leche.

Las hijas, en consecuencia, piensan igual que sus madres. No hay diferencia de reacción entre las dos generaciones.

Me preguntaba si los hijos sufren a consecuencia de la conducta de sus padres. A juzgar por los casos que conozco, me inclino a creer que no. Me parece que estos jóvenes aceptan las situaciones, que, por otra parte, comprenden muy bien. No tienen complejos. Los complejos nacen cuando no se logra aceptar la realidad de la vida con sus aspectos buenos y malos.

Cuento mis impresiones a Marcelle Auclair, escritora y periodista de gran renombre, pero ella no las comparte. Si, los jóvenes comprenden; tienen el culto de la libertad, y la libertad se acaba cuando se acepta el principio de una limitación de los derechos individuales, lo mismo si son propios que ajenos. Pero... ¿me he fijado bien en los jóvenes? Esa necesidad que experimentan de reunirse, ¿no es la denuncia explícita de una soledad que tratan de olvidar? Además, se casan muy pronto; se dan prisa en reconstruir la familia que han perdido...

—¿Y después? —pregunto.

—Luego hacen lo que han visto hacer a sus padres. Si el matrimonio no marcha bien, se divorcian.

—¿Cuál es el porcentaje de divorcios?

—Uno sobre diez. Bastante elevado para un país de mayoría católica. Y serían más, si muchas mujeres no temieran las dificultades materiales de la vida para afrontarlas solas. Naturalmente, muchos matrimonios se resisten a divorciar por causa de los hijos. Pero si un matrimonio sobrevive, continúa toda la vida.

Un joven decorador me invita a almorzar.

—Quiero que conozca a mi mujer —me dice.

Le hago algunas preguntas. Me interesa saber cómo piensan los jóvenes franceses acerca del matrimonio. Y me quedo asombrada cuando mi amigo, que tiene veintiséis años, me dice que su mujer ha cumplido ya los cuarenta.

—No se ama a una mujer sólo por su aspecto físico —explica—. Tienen más importancia la inteligencia, la gracia, el «esprit»... Y esto no se pierde con los años...

La mujer francesa conoce muy bien la importancia de su personalidad. Françoise Giroud, otra escritora y periodista célebre, me dice:

—En Francia, la mujer aspira a bastarse a sí misma. En este sentido se parece más a la americana que a la de otros países latinos... Toma parte en la vida y pretende tener un papel primordial. Desea que el hombre sea superior a ella, pero no lo ve así si no lo es real-

mente. La consecuencia es que el hombre no consigue imponerse por el simple hecho de ser un hombre. La mujer quiere que el marido la estime por sí misma.

Esta exigencia fundamental de las francesas, de ser valoradas por lo que son y no por lo que puedan parecer, explica un hecho para mí incomprensible: las francesas se visten mal. A pesar de que las tiendas ofrecen modelos de un gusto perfecto a precios abordables y de que, a veces, se encuentra una mujer elegantísima, la masa da la impresión de vestirse con ropas antiguas o mal confeccionadas.

Las causas son dos: primera, falta el dinero para gastos superfluos y la mujer francesa, por naturaleza ahorrativa y previsora, no quiere endeudarse. Segunda, la elegancia no condiciona el interés de un hombre. El mismo hombre francés es más bien indiferente a su aspecto exterior. Nadie, hombre o mujer, tiene el complejo del vestido. Y la consecuencia es clara: abolidas las competencias de elegancia, una mujer vale por lo que es. Son su inteligencia y su espíritu los que cuentan.

Si la elegancia material es cara y pocas pueden permitírsela, existe una elegancia moral, íntima, que muchas poseen. Este es el corolario de la importancia que la francesa se atribuye a sí misma. Los mohines, las pinturas, las actitudes, en una palabra, todo el armamento habitual que las mujeres usan para llamar la atención, están excluidos del estilo de muchas chicas que son simpáticas y sonrientes, aunque un poco impersonales. Si una muchacha se sienta sola a leer en la terraza de uno de los innumerables cafés frecuentados por estudiantes, quiere decir que quiere estar sola y que quiere leer. Y nadie la molesta, naturalmente. Con el muchacho que ama o al que quiere conquistar, es extraordinariamente coqueta. Un arte lleno de matices en el que se han hecho famosas con fundamento.

La necesidad de ser independientes se manifiesta en ellas antes de pensar en el amor. André Maurois me habla de su secretaria: «Guapa, rica, perteneciente a una aristocrática familia. Podría viajar, tratar gentes divertidas, pavonearse en la Costa Azul... En cambio, trabaja ocho horas diarias y a veces más, como una empleada. Dice que así lo pasa mejor... Es el espíritu de independencia de la mujer francesa, su insagotable curiosidad. No sé si este espíritu será útil para la unidad de la familia; pero es así.»

La conciencia de sí mismas como personas capaces de razonar, unida a un agudo sentido de su feminidad y al deseo de la felicidad, son las constantes que regulan la existencia de la mujer francesa, desde la adolescencia hasta la vejez, sin diferencia de clases. Ahora nos preguntamos: ¿Consiguen ser felices?

Sí, en relación directa a la confianza que tienen en la posibilidad de ser felices. «Lo que no tengo hoy podré tenerlo mañana», es su secreta esperanza. Una esperanza que juega, evidentemente, con dos elementos fundamentales: el rechazo del sacrificio inútil y la libertad de empezar desde el principio en cualquier momento. Como es natural, la realización de los propios deseos, en determinadas circunstancias, crea problemas difíciles y, a menudo, dolorosos. Pero éste es el precio que se debe pagar. Françoise Giroud me decía: «Las mujeres que viven dependiendo por completo de un hombre tienen menos problemas que nosotros. Son más felices...»

Un juicio un poco precipitado. Porque si el bastarse a sí misma supone muchos inconvenientes, también los encuentran las mujeres ligadas por demasiados prejuicios, obstaculizadas en la distancia que va de su condición a sus aspiraciones. No hay felicidad donde no hay libertad y no hay libertad donde no existe una conciencia clara de los propios deberes y derechos.

ENRICA CANTANI

LA ESPOSA SOLA EN AGOSTO

DÍA 3

Estoy tristísima. ¡Pepe tenía una cara de pena cuando nos dijo adiós en la estación! Lo tengo decidido. El año próximo no salgo de vacaciones sin él. Los niños pueden refrescarse en la piscina y el aire de Madrid es tan bueno como cualquier otro. Además, no creo que convenga dejar al marido solo durante un mes. El mundo está lleno de peligros y con el aumento de turismo en España las honestas esposas vivimos en un ay. Como las extranjeras son capaces hasta de ponerse un monobikini... Lo dicho. Es el último año que veraneo sola.

DÍA 4

Para poder meterme el bañador tuve que ponerle talco. Y eso que lo compré el año pasado. Pero no pienso agrandarlo. Bajaré de peso aunque tenga que pasarme el verano sin comer. Y yo me pregunto, ¿cómo puede ser que el primer día que una llega a la playa se encuentre a las demás mujeres bronceadas como si llevaran allí toda la vida? ¿Es que ni una sola acaba de llegar? Hoy mismo empiezo a tomar el sol para ponerme bien morena. Con los trajes de verano, claritos, hace preciosos.

DÍA 10

Hoy he podido volver a la playa. Pero el médico me ha dicho que me esté siempre debajo de la sombrilla. Según parece, no había visto ampollas como las mías en todo el tiempo que lleva en ejercicio. ¡Tendré mala suerte! Me consulta pensar que el sol marca las arrugas y que yo volveré a Madrid blanca, pero estirada.

DÍA 11

Me acuerdo mucho de Pepe. Quisiera saber qué hace, si no come gambas, que le dan urticaria, y si no se irá de juerga con Alberto, ese amigote que sólo piensa en bebidas y en faldas. Pero no sé nada porque no me ha escrito en toda la semana, el muy canalla. Lo que es yo, no pienso mandar una sola carta en lo que queda de veraneo, para que aprenda. Hoy ha llegado a la pensión un grupo de muchachas extranjeras y voy a aprovechar para observarlas. Seguro que mañana aparecen en la playa Dios sabe con qué trajes escandalosos. Menos mal que una ha sido educada en Castilla y los malos ejemplos no la afectan.

DÍA 12

No. Iban con bañadores normales y una hasta hacía punto. Otra me preguntó, muy interesada, de qué época es el castillo que se ve desde el pueblo. Por cierto que no supe decirlo. Esta misma tarde me estudio el folleto de turismo de la región para darle todos los datos. Que no se diga que los del país no sabemos lo que hay en casa.

DÍA 13

Sigo sin carta de Pepe. ¡Será malvado...! Lo único que me consuela es ver lo que disfrutan los chicos en la playa. Juegan como encantadores diablillos. Lo malo es que hay gente tan poco comprensiva que protesta por cualquier cosa. Juanín pescó un cangrejo y al bicho se le ocurrió morderle un pie a un señor que leía el periódico. ¡Cómo se puso! Y una señora que tomaba el sol, porque Martita la tapó toda de arena, se pasó dos horas diciendo que por poco se asfixia. Deben ser personas sin hijos. Sólo una madre o un padre —sobre todo una madre— es capaz de comprender las travesuras de las criaturitas.

DÍA 15

¡Alcuya! Me he pesado en la farmacia de la esquina y he bajado tres kilos. Y a pesar de que no salgo de la sombrilla se me ha puesto un colorcito bastante mono. Me gustaría que me viera Pepe. Casi, casi, estoy como cuando nos conocimos, hace quince años. Entonces me llevaba a las barcas del Retiro y me decía «chata» en un tono... Lo echo mucho de menos. Si no fuera porque me he hecho el propósito de no escribirle, se lo diría. Pero, después de todo... ¿por qué no decirselo? El orgullo lo dejaré para otra ocasión. Empezaré la carta poniendo: «Mi adorado Pepe...»

C. V.-V.